

—
ES PROPIEDAD
—

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



POR EL ARTE

—

(Conclusión.)

HOMBRES que no estimáis el mérito de la resistencia á la tentación insidiosa, yo os ruego que fijéis la consideración en este punto: á veces se requiere tanta fuerza de voluntad para no salvar cuatro tablones, como para poner en fuego vivo ambas manos y no retirarlas. Reflexionad que, mientras desde mi *luneta* (todavía hay quien les llama así), me sepultaba en contemplación de las bases del lindo edificio, ya cautivas en el chapín de Rosina, ya encerradas en el botincillo de raso blanco de Anina (la Sonámbula), mis dos vecinos me decían á cada momento: «Estévez, no sea V. raro..., venga V. entre bastidores. La Duchesini tiene ganas de

conocerle.... Dice que le parece V. tan inteligente en música!.... que sigue V. con una atención tan discreta el canto!.... Que le quiere dar á V. gracias por los buenos oficios que le hace.... Que vaya V. á saludarla en su cuarto, aunque sólo sea un minuto....» Y yo, con la vista nublada, los oídos zumbadores, la garganta seca, tenía que responder: «Denle Vds. mil expresiones.... Diganle que soy su más apasionado admirador, y que ya iré.... cualquier día....»

Y los veía filtrarse por el lóbrego pasillo, y quedaba envidiándoles...., no sólo por aproximarse á *ella*, sino porque tenían la fortuna de no ver en *ella* más que á la cantante, á la artista.... Iban impulsados del móvil más noble: ¡iban rebosando desinterés! ¡Yo era el que no podía acercarme á la deidad de mis sueños...., y no me acercaría, no!.... Conocía muy bien toda la fuerza de mis resoluciones, y sabía que, aunque tascase el freno, podría contenerme.... hasta morir. Mi voluntad triunfaba, mi voluntad era omnipotente.

En lo que no me contuve ni me reprimí, ni había para qué, fué en la manifestación externa de mi entusiasmo fingidamente artístico. Por lo mismo que me imponía el doloroso sacrificio, la cruel privación, créime autorizado para ofrecer.... á los pies, realmente á los pies de la Duchesini, mi prestigio de inteligente, mis influencias sociales, y hasta el *superrabit* de mi limitado presupuesto. Yo fui el faraute, yo el coribante de la conspiración duchesinista, que ha dejado en los fastos musicales de Marineda eterna memoria. Á mí puede decirse que se debe la serie de ovaciones que espero nunca podrá olvidar la seductora *diva*. No: nunca olvidará ella — aunque viva cien años — la noche de su beneficio en Marineda. Como que otra igual no la pesca, señores.

Desde un mes antes la veníamos preparando. Suelos y artículos en la prensa local; conversaciones en los corrillos; frenéticas salvas de aplausos, apenas aparecía en escena la Duchesini; envíos de ramos de flores, con que sabía yo que es-

taba embalsamado su cuarto,—aquel edén cuya entrada me había vedado á mí propio,—todo iba formando en torno de la diva esa atmósfera candente y electrizada que precede á las apoteosis.—Y un día tras otro se susurraba que el beneficio sería un acontecimiento sin igual; que ni la Nilson, ni la Sembrich, ni la Patti, con quien comparábamos á nuestra heroína, podrían jactarse de haber recogido, en su larga carrera de triunfos, homenaje más brillante y fastuoso....

Estos augurios traían soliviantada á la misma Duchesini. Á simple vista notábase en ella el soplo vivo y dulce del aura próspera. Estaba coquetona y alegre; se vestía mucho mejor; brillaban más sus ojos; mariposeaban como nunca sus fustos é incomparables pies.... La dicha la transformaba; el empresario tuvo que subirla el sueldo para el abono supletorio; no se hablaba sino de ella, y hubo noche en que se la hizo salir á la escena diez y siete veces después del *rondó* de Lucía....

Y en medio de este frenesí, de este halago, de esta idolatría de todo un pueblo, llegó la noche memorable del beneficio. Los palcos se habían disputado como si fuesen asientos en el cielo, á la diestra de Nuestro Señor. En cada uno se reunían dos familias, de modo que parecían retablos de ánimas. Las señoras habían sacado del ropero lo mejorcito, y muchas se habían encargado trajes para el caso. Predominaban los escotes, y veíase, como en el Real en días solemnes, mucho hombro blanco, algunos brillantes, guantes largos, abanicos de nácar, que agitaban un ambiente de perfumes. También se habían extralimitado los señores; en el palco de la Pecera y en las butacas, los admiradores locos de la beneficiada obedecían á la consigna de presentarse de frac; —cosa que reprobaban con expresivo movimiento de cabeza los formales, entre ellos Nicolás Darío, firme en su acostumbrada y correcta levita. —Por hallarse tan atestado el teatro, en los huecos que quedan entre butacas y palcos se habían coloca-

do sillas, y no se desperdiciaba ni una. En fin, estaba aquello que, como suele decirse, si cae un alfiler, no encuentra dónde caer. No hablemos de la cazuela, confuso hervidero de cabezas humanas: abajo se murmuraba misteriosamente que arriba «se ocultaban personas decentísimas, gente de lo mejor del pueblo».

Pero lo que sobre todo realizaba el aspecto del teatro, era la magnífica decoración discurrida por nosotros. Las delanteras de los palcos habíamos ideado empaques con banderas italianas y españolas, cruzadas en forma de pabellón ó trofeo; encima destacábanse coronas de laurel natural y grupos de rosas blancas.—Hubo por cierto dos ó tres de esos eternos descontentos y gruñones que encuentran defectos á lo más loable, y agriamente censuraron que para obsequiar á una tiple se sacase á relucir la bandera española.... Calculen Vds. lo que les contesté.... Yo, que hubiese tendido á los pies de la diva el mismísimo palio!....

La ópera elegida para el beneficio era

la del estreno de la diva, ó sea *El Barbero*. Conveníamos los inteligentes en que el papel de Rosina constituía el triunfo de la Duchesini. Cuando se presentó la diva en escena, fué aquello un espasmo, un delirio, un desbordamiento. Los de los fracs nos levantamos gritando: «¡Viva!», y haciendo mil extremos insensatos. Calmado al fin nuestro ímpetu, nos arrellanamos en la butaca, suspendiendo hasta la respiración para mejor escuchar y no perder....

Iba á decir ni una nota; pero esto de la *nota* aplíquelo Vds. á los que me rodeaban, al resto del honrado público: no á mí, prevaricador del arte y desertor de la moral, que en vez de atender á las melodías de Rossini, sólo tenía ojos y oídos y sentidos corporales para el moverse de dos piececillos traviosos, afilegranados, cucos, que estrenaban aquella noche solemne una funda de seda lacre: lacre era también el gracioso monillo y la falda ceñida é indiscreta que lucía la Duchesini, velada con volantes de rica blonda española....

Hay en el segundo acto de *El Barbero* una situación que suele elegir la tiple para lucirse y el público para manifestar toda su benevolencia. Es la de la «lección de música», donde la pupila del gruñón vejete ejercita el derecho de cantar lo que más le agrade ó acomode, la pieza con que mejor luzca sus facultades. La Duchesini tenía señalada de antemano, para tal circunstancia, una de esas arias de gorgoritos sin fin, que remedan cantos de pájaros trinadores. No bien principió á dejar salir de su boca sartitas de perlas, estalló la ovación preparada.

Principiaron á caer de la lucerna, de las galerías, de los proscenios altos, de las bambalinas, de los palcos terceros, papelicos rosa, verdes, azules, amarillos, blancos, grises, que como lluvia de pétalos de flores inundaron el aire, tapizaron el escenario, alegraron los respaldos de las butacas y se quedaron colgados en los mecheros de gas. Las señoras alargaban la enguantada mano y atrapaban al vuelo los tales papeles; los chicos se en-

tregaban á una verdadera caza, para «reunir toda la colección» que se componía nada menos que de diez hojas volantes, ó sea de otras tantas poesías, obra de ingenios de la localidad, entre los cuales se llevaba la palma el acreditado Ciriaco de la Luna, vate oficial en inauguraciones, festejos, entierros, beneficios y días señalados, como por ejemplo, el Jueves Santo ó el de Difuntos.—De los papelitos resultaba que al aparecer en el mundo la Duchesini, ruiseñores, cisnes moribundos, malvises y bulbules habían pegado un reventón de envidia; que la llama del genio cercaba su frente (la de la Duchesini); que era divina; que había nacido del apasionado contacto de un trovador y una hurí; y que al partir ella, Marineda, por algún tiempo transportada á la mansión de los ángeles, iba á caer en las tinieblas más profundas, en el limbo del dolor. ¿Quién nos consolaría; ¡cielos! ¿Quién nos devolvería aquellas horas edénicas, mágicas, de inefable felicidad? Ella era una estrella, un cisne, que ya volaba á

otro lago; ella iba adonde la aclamarían multitudes delirantes, y donde reyes y príncipes arrojarían á sus pies cetro y corona..., pero nosotros.... ¡ay! nosotros, ¡cuál nos quedábamos! Probablemente nos moriríamos de nostalgia.... Sí: Ciriaco de la Luna vaticinaba su propio fallecimiento....

Á la lluvia de papelitos y de ripios, siguió otra de pétalos de rosa y de rosas enteras, que alfombraron el escenario; luego, gruesos ramos fueron á rebotar contra las tablas, á los pies de la diva.— Con este motivo se rompieron dos ó tres candilejas de reverbero, y la concha del apuntador fué literalmente bombardeada. El director de orquesta, vuelto hacia el público, sonreía empuñando la batuta; los músicos, interrumpida su tarea, sonreían y aclamaban también.... Y entonces principiaron á entrar los ramos *formales* y las coronas.

Comparsas, acomodadores, mozos de los casinos y sociedades, y hasta algún criado de casa particular — el de Nicolás

Darío, verbi gracia — desfilaron dejando á los pies de la Duchesini, ya unos ramilletes colosales, como ruedas de molino, con luengas cintas de seda y rótulos en letras de oro, ya coronas de follaje artificial. Iba formándose un ingente montón: la diva quiso conservar en sus manos el primer ramo, después de llevarlo á la boca, pero se lo impidió el peso, y pálida, sonriendo, cortada de emoción, tuvo que ir soltando *bouquets* por todas partes, sobre las mesas, sobre las sillas, sobre el clavicordio, ante el cual el tenor, vestido con el eclesiástico disfraz de Don Alonso, presenciaba la ovación sin saber qué cara poner....

Mas esto de las flores era sólo el prólogo. Faltaba lo mejor, lo gordo, lo inaudito en Marineda. Empezaron á entrar estuches en bandejas de plata: venían abiertos; uno contenía una corona de hojas de laurel de oro, otro un brazalete, otro — el último, el más importante sin duda — una cajita minúscula de terciopelo, donde brillaban dos hermosos solitarios....

Al mismo tiempo se repartía y vendía por los pasillos del teatro un periodiquín, tirado en una imprenta microscópica, y enriquecido con una completa é insulsa biografía de la Duchesini, versos á la Duchesini, agudezas y anécdotas en, con, por, sobre la Duchesini, pronósticos de que la Duchesini eclipsaría á las más refulgentes estrellas del arte musical...., y un fotograbado que representaba á la Duchesini....; pero ¡ay! á la Duchesini... de cintura arriba. ¡No había tenido en cuenta el artista que aquellos pies sublimes eran los que merecían los honores del fotograbado!

.....

En semejante noche me quedé afónico de gritar, ronco de bravear, desollado de aplaudir; así es que bien puedo afirmar que tenía fiebre cuando á la siguiente mañana despedimos á la Duchesini, que se embarcaba prosaicamente para Gijón. Sí, la ví de cerca.... Como ya no había peligro, me atreví á estrecharle...., ¡ay de mí!, la mano, sólo la mano, ¡á bordo del

esquife que la conducía al vapor! Ella iba muy llorosa, envuelta en velos y abrigos, quebrantada, al parecer, por la pena, la gratitud, el orgullo, la impresión honda que de Marineda se llevaba. Yo, sin respirar, tembloroso, silencioso, la ayudé á subir por la escalerilla del vapor...., y como estas escalerillas son tan indiscretas, aún pude divisar el pie enemigo de mi calma, metido en elegante botita de viaje; el pie que resonaba sobre la madera de la cubierta, y al romper el buque las olas con hirviente estela, se alejaba y se perdía para siempre....

.....

Dos años después volvió á verse en Marineda compañía de ópera: barata, mediana, bastante igual.—Darío y Quiñones eran nuevamente mis vecinos de butaca; y, ¡claro!, á las primeras de cambio recayó la conversación en la para mí inolvidable Duchesini.

—¿Sabé V. (dijo con su calma algo irónica y siempre cortés el banquero) que se me figura que hemos levantado de cas-

cos á aquella infeliz, y la hemos hecho desgraciada para toda su vida?... Porque ya sabrá V. que en Madrid le atizaron una silba horrible..., y en Barcelona no le hicieron caso ninguno.

—Es que la Duchesini no valía gran cosa, si hemos de ser francos y justos (respondió febrilmente Quiñones, que atendía extático á las notas de la contralto). La que es una notabilidad, es esta Napoliani.

—Lo que tenía la Duchesini (murmuré yo, como el que desahoga el corazón de un pesado secreto) eran unos pies... ¡inimitables, sin igual! Yo no he visto pies así... nunca, más que en ella.

—¡Ah! (confirmó Quiñones, arrastrado por un vértigo de sinceridad.) ¡Pues si los admirase V. en babuchas turcas..., las que traía por casa!

Darío hizo una mueca que parecía contracción galvánica; pero dominóse al punto, sonrió, y clavando los ojos en Quiñones, articuló lentamente:

—Hay que confesar que la... la... conti-

nuación... de los pies... no desmerecía del principio. ¿Verdad, amigo Quiñones? Pero nuestro Estévez nunca quiso ir al cuarto de la diva...

Me sentí palidecer de vergüenza y de celos retrospectivos: noté en el corazón angustia y en el estómago mareo...; pero me rehice, me encuaderné, y serio y enérgico respondí:

—¡Bah! ¿Qué importa, después de todo, que una cantante tenga los pies feos ó bonitos? Aquí se viene... por el arte.

